

LA GRAN CUESTION DE LA REPUBLICA

Por ERNESTO DE LA GUARDIA N.

Conciudadanos:

La situación actual de nuestras relaciones con los Estados Unidos de América me impone el deber de definir de nuevo ante el país el pensamiento y la posición del gobierno respecto a problema tan capital para la nación panameña. Mis palabras quieren propiciar una atmósfera de serenidad que posibilite la conversación franca, al par que cordial, de las partes, con vistas a encontrar un plano de entendimiento y solución de las discrepancias existentes. Hablo, pues, de primera intención al pueblo panameño, cuya decidida aserción de los derechos nacionales merece encomio. Me dirijo también, en fuerza de la índole de las cuestiones pendientes, a los ciudadanos de los Estados Unidos, a sus personeros en Washington y a sus representantes, funcionarios y residentes locales, invitándoles a esforzarse por entender que un pueblo que durante medio siglo ha planteado y argumentado tesoneramente sus justos reclamos, puede, sintiéndose acosado por las necesidades frente a un muro de incomprensión, descargar su pasión tanto tiempo contenida en acciones de elemental y lamentable violencia. Mis palabras quieren convidar a panameños y estadounidenses, a una recíproca inteligencia, única base posible

de un acuerdo extirpador de resentimientos e impulsos vengativos que asegure nuestra participación equitativa en los frutos de la obra que hemos realizado en mancomún.

Para ello debo reiterar lo que tenemos dicho los panameños desde los comienzos de la República. En la raíz y médula de las controversias que por cincuenta y seis años han sostenido Panamá y los Estados Unidos, está la Convención del Canal Istmico, suscrita el 18 de noviembre de 1903. Ese instrumento conlleva la ruda impronta de su tiempo. Es inconfundible expresión de una época en que las potencias mayores se arrogaban misión y poder degendarme internacional para poner en orden a las trémulas y confusas nacionalidades latinoamericanas. Signo de ella es la cesión a perpetuidad de ciertos derechos jurisdiccionales sobre la faja canalera de uno a otro océano. El alto funcionario estadinense que aceptó tan desleal oferta del representante de Panamá, pensó sin duda que aseguraba así para siempre los intereses de su país. Pero no pudo advertir que la perpetuidad no puede ser pactada por los hombres ni por las naciones y que al intentar ponerle uno como sello de eternidad a lo que surgía de circunstancias muy apremiantes, pero transitorias y percederas, introducía el factor más activo y peligroso de inestabilidad y precariedad en el régimen de relación surgido de aquel instrumento. No tuvo tampoco en mientes que entre las condiciones requeridas de toda nación organizada están la integridad y continuidad de su territorio y que el pueblo panameño, a la medida en que creciera numéricamente y afinara su conciencia nacional, tendría que sentirse más y más incómodo frente a la inserción en medio de su suelo de una jurisdicción y un sistema jurídico distintos de los suyos. Ni previó, finalmente, en su afán explicable, aunque injustificable, de obtener para su país ventajas desmedidas a costa de una nación en ciernes, que tal situación le sería menos ingrata a los panameños de saber que no los sujetaba a una obligación irredimible, sino de plazo fijo, por dilatado que fuese, y si, de otra parte, se les hubiese atenuado la carga con garantías de una progresiva participación en la adminirtación del Canal y en sus rendimientos. El exceso de precaución ha tenido, pues, en este caso, como suele

ocurrir, las consecuencias propias de la inadvertencia.

De tarde en tarde, y particularmente en estos días, se han lanzado reproches a los fundadores de la República, atribuyéndoles falta de coraje para rechazar el duro instrumento de 1903. Los intentos de moralizar los hechos históricos, resultan casi siempre ociosos por anacrónicos. La historia es sencillamente lo que ocurrió, no lo que pudo haber sido. Para comprender los actos humanos en cada momento de su derrotero, hay que ubicarlos dentro del cuadro histórico en que se cumplieron. Y prueba de que la inteligencia de quienes asumieron la responsabilidad de nuestra iniciación republicana avizoró las repercusiones del documento firmado en 1903 fue que no tardaron ellos mismos en encabezar, primero con su erguida oposición al propósito de los Estados Unidos de abrir la Zona del Canal al comercio mundial, y luego con el memorándum sobre la justa interpretación del convenio, presentado al Departamento de Estado en agosto de 1904, la prolongada brega de la Nación entera por contrarrestar la interpretación y aplicación unilateral por los Estados Unidos de la Convención canalera y por encuadrar esta dentro de normas de equidad y justicia. De ese sostenido empeño nacional queda, en los anales de nuestra historia, testimonio fehaciente de la tenacidad y prontitud con que hemos actuado frente a todo acto o intento de deducir del instrumento de 1903 consecuencias lesivas a nuestros derechos e intereses legítimos. Resultado de esta acción han sido el tratado general de 1936, los acuerdos de 1942, y el tratado de 1955, que no han dado plena satisfacción a las demandas nacionales, pero que pueden considerarse hitos de avance hacia una revisión a fondo de la Convención de 1903, para desembarazarla de aquellos anacrónicos excesos de poder inconciliables con el sentimiento nacional panameño, de modo que el régimen jurídico-administrativo de la Zona del Canal se establezca sobre cimientos de equidad y reciprocidad, necesarios a la convivencia y colaboración de los pueblos panameños y estadinenses en la realización de los fines de la vía interoceánica.

El tratado de 1955 presta atención a ciertas demandas de orden económico que la República venía postulando por largo

tiempo. Mas desafortunadamente, mientras nuestro país dio enseguida cabal cumplimiento a su parte del compromiso, no ha sucedido igual con las obligaciones de los Estados Unidos, algunas de las cuales se han diferido o se han sometido a reglamentaciones que desvirtúan su contenido. Una, quizá la más punzante para nosotros, es la referente a la equiparación de salarios y oportunidades de trabajo en la Zona del Canal. El discrimen que en este aspecto rige allí desde hace más de cincuenta años, ha sido una de las más activas causas de la inconformidad y resentimiento de nuestros obreros. Y precisamente aquí, los funcionarios de la Zona del Canal encargados de poner en efecto las obligaciones solemnemente contraídas por su gobierno, después de largas dilaciones, adoptaron una reglamentación que en la práctica no concide con el principio de igualdad de oportunidades y remuneración al excluir a los panameños de un número indeterminado de posiciones calificadas como de "seguridad", cuya calificación queda al arbitrio de ellos. Esta reglamentación, hay que decirlo, establece una diferencia deprimente a la dignidad del panameño en cuanto lo supone original y constitutivamente incapaz de servir con lealtad en la Zona del Canal. Semejante concepto muestra toda su falsedad e injusticia si lo cotejamos con los hechos. Dos veces, en el transcurso de la presente centuria, se han visto los Estados Unidos enfrentados a enemigos poderosos en guerras tremendas. Y en una y otra, Panamá estuvo enseguida a su lado y los panameños trabajaron en el Canal sin que ocurriera un solo acto de espionaje o sabotaje demostrativo de cualquier sentido o propensión desleal por parte de ellos. Y hay que decir, también, que el mantenimiento del discrimen en este aspecto, lejos de ofrecer garantía de seguridad para los Estados Unidos, introduce un nuevo elemento de descontento en las relaciones de trabajo en la zona canalera.

He considerado siempre los problemas vinculados al Canal como una cuestión nacional que debemos mantener alejada de las disputas sectarias y de los cálculos electorales. Frente a ellos se hace menester que nos solidaricemos y mancomunemos y hablo, en consecuencia, como panameño, sin intención partidaria algu-

na. Como panameño que lucha hombro con hombro con todos los otros panameños por una causa común.

Esta cuestión, que ha sido siempre el centro de mis preocupaciones de panameño, como lo comprueban numerosos artículos míos publicados en la prensa local y en la extranjera, adquirió dominante vigencia en mi espíritu al abocarme a las responsabilidades presidenciales. Antes de asumirlas, conversé al respecto detenidamente con numerosos ciudadanos estadinenses de mucha influencia en esferas económicas, sociales y gubernativas de los Estados Unidos y con funcionarios de esa Nación en la Zona del Canal. Me esforcé en llevar a su ánimo la comprensión de lo importante y significativo que es para la gran Nación del Norte, el arreglo oportuno y equitativo de sus diferencias con Panamá. Entrado en ejercicio de mi mandato, esos problemas han sido faena mía de todos los días. No he dejado gestión sin hacer, he prestado oídos a todas las recomendaciones, aunque algunas no me satisficieran plenamente y he tomado todas las iniciativas que me han parecido razonables, en busca de una solución satisfactoria de los problemas derivados del tratado de 1955. Mi línea de conducta ha sido la de firmeza sin desplantes, porque no creo que los procedimientos de extorsión o chantaje y el lenguaje bronco que hoy se muestran con frecuencia en las relaciones internacionales, sean adecuadas para debatir y zanjar nuestras discrepancias con los Estados Unidos. No me ha parecido tampoco juicioso complicar los asuntos actualmente en entredicho, que afectan a las necesidades inmediatas de nuestro pueblo, con el planteamiento de cuestiones de orden general, por considerar que no se conseguiría así sino diferir indefinidamente la solución de los primeros. Durante todo este tiempo, en mis contactos personales y epistolares con ciudadanos y altos dirigentes estadinenses, les he manifestado varias veces que la dilación y resistencia en hacer efectivos los compromisos de su país, estaban fomentando en el espíritu de los panameños sentimientos adversos a los Estados Unidos que, dadas las difíciles condiciones económicas que ha tiempo sufre el país, podrían en cualquier momento desahogarse en explosiones de hostilidad hacia esa Nación tan estrechamente vincula-

da a la nuestra. Procuré presentarles una visión exacta del estado de ánimo en que se encuentra el pueblo panameño al cabo de más de medio siglo de continuas gestiones para lograr un equilibrio equitativo en todo el campo de las relaciones engendradas por el funcionamiento del Canal. Son esos elementos psicológicos de acción constante y cumulativa durante cinco décadas largas los que comunicaron tanta fuerza a las acciones populares recientes. No deseo, al decir ésto, cohonestar ningún acto de violencia, entre ellos el cometido con la bandera de los Estados Unidos en la Cancillería de la Embajada de ese país. Y oportunamente deploré su ocurrencia porque creo y afirmo como esencial que la violencia no ofrece el medio adecuado para resolver los problemas que nos preocupan y porque el emblema de todo país merece cumplido respeto.

No parece conveniente ni oportuno litigar sobre lo ocurrido, sino aprovechar la lección que de ello pueda derivarse. Es la lección de la absoluta inutilidad de la violencia para solucionar problemas de dos países en permanente y estrecho contacto. Y de que, por hondas que fueren las diferencias entre los dos países, ni los Estados Unidos, por su mismo descomunal poderío, ni Panamá, por su pequeñez, pueden resolverlas en otro terreno que en el de la discusión amistosa, en ambiente pacífico y con ánimo de conciliación y entendimiento. No podemos vislumbrar solución racional del problema en las condiciones de emoción y tensión actuales. Los estados de excitación colectiva, como el que afecta a considerable número de personas de ambos sectores del territorio nacional, no son los apropiados para el debate entre países que, si tienen diferencias, es precisamente porque poseen intereses comunes y recíprocos que únicamente mediante el entendimiento pueden realizarse. Contribuyen sin duda a intensificar tal estado de ánimo colectivo ciertas expresiones y ciertas actividades que en su origen son consecuencia de los sucesos mencionados. Un gobierno panameño no puede oponerse a manifestaciones legítimas del sentimiento nacional como esas. Entiendo, sí, que es mi deber manifestar que si ellas, y así lo creo, han sido concebidas como un acto de la opinión nacional en reafirma-

ción de la causa que a todos los panameños nos compromete sólo alcanzarán su objetivo si se ajustan a procedimientos pacíficos, proscriben toda inclinación hacia la violencia y se imponen una conducta de estricto civismo. Y para que ello sea factible, debemos todos revestirnos de la mayor ecuanimidad, apelar a nuestra razón y disponer el ánimo a la comprensión de los motivos y las aspiraciones de cada parte. Esta disposición de entendimiento reclama de nosotros, los panameños, confianza en el sentido de justicia de los más altos dirigentes de los Estados Unidos.

Esta inclinación hacia el entendimiento requiere también, de parte de ellos, una radical renovación mental para aceptar las consecuencias de las realidades de hoy, que imponen nuevas actitudes y procedimientos en el orden internacional. La Convención del Canal Istmico fue producto lógico de una hora de apogeo de las ideas colonialistas y sólo así se comprenden el espíritu que la impregna y el contenido y las implicaciones tremendas de la mayor parte de sus cláusulas. Hoy el colonialismo está en liquidación y avanza incontrastable la formación de un orden internacional fundado en la igualdad de los pueblos y las naciones. En los cincuenta y seis años transcurridos, la nación panameña, de escasos cuatrocientos mil habitantes en sus inicios, ha multiplicado dos veces y media su población y sus generaciones, en encadenamiento sucesivo, han ido afirmando y afinando su sentimiento, su sentido nacional. Las obligaciones pactadas en 1903, en situación de apremio para los panameños, por solemnemente que fueran contraídas, conllevaban un elemento de fragilidad que habría de revelarse en todo su significado cuando se transformaran, al extremo en que lo han sido, las condiciones internas de los países suscritores, así como todo el contexto de las relaciones internacionales. Lo que fue hace doce lustros, repito, exceso de previsión, se convierte hoy, por fuerza de los hechos, en factor de incertidumbre e inseguridad.

Mas no por esto ni por ninguna otra causa debe nuestra bandera ser llevada a la Zona del Canal subrepticamente, o a golpes, por nobles que estos sean, o en medio de empujones, o en cualquiera otra forma que permita dudar de lo legítimo o aun de lo

razonable que es para ella ondear en ese territorio. En esto va envuelta nada menos que nuestra dignidad. No será nunca en un ambiente impregnado de belicosidad, entre alambradas, denuestos y gases lacrimógenos como podremos abrirle paso decorosamente para que llegue allá y flote al viento en medio del respeto general; para que atraviese una línea que los panameños no podemos considerar jamás como frontera divisoria de dos países distintos, sino como mera demarcación administrativa; para que del otro lado de esa raya se yerga como símbolo de nuestra patria que es, rodeada de la veneración de propios y extraños.

Una visión de profundidad y una perspectiva de gran radio son suficientes para visualizarla por ese camino. Y esta perspectiva y aquella visión es lo que hace falta para encontrar el plano resolutorio de los problemas de fondo y derivados que, vinculados al canal, tenemos pendientes los Estados Unidos y Panamá.

En este nivel se condujeron las recientes discusiones con el señor Livingston T. Merchant, de las cuales, según ha sido enterada la Nación por declaraciones de éste y de nuestra Cancillería, se obtuvo un reconocimiento, en forma de reafirmación, de la soberanía de la República en la Zona del Canal. Considero como un hecho positivo la franqueza con que se habló en esos momentos y la extensión y profundidad con que se revisaron todos los aspectos de nuestras relaciones con los Estados Unidos y estimo que ello ha de contribuir a un mejor conocimiento por parte de éstos de la importancia insuperable que para la vida de nuestra República revisten los problemas discutidos. Pude percibir en las palabras del alto funcionario norteamericano la apreciación de algunos ángulos del asunto que generalmente escapan a mentes menos agudas y avisadas. Sin riesgo de conjeturar muy por lo delgado, presumo que el solo envío del señor Merchant indica que en las altas esferas dirigentes de los Estados Unidos se capta la proyección que este problema tiene sobre todo el campo de las relaciones de esa gran nación con la América Latina y, hablando con él, vino a mi memoria aquella expresión según la cual Panamá es el espejo en que se reflejan las relaciones de los Estados Unidos con todo el resto del continente americano.

Las relaciones de la Zona del Canal con la economía panameña tienen que plantearse hoy en términos de una integración y coordinación que no podían concebirse hace 56 años. Durante varias décadas con posterioridad a 1903, la contribución directa e indirecta de la actividad canalera fue factor dinámico del proceso de la economía panameña, un factor que obraba espontáneamente, sujeto a alternativas poco previsibles e influíbles. Ahora, con una población excedente del millón de habitantes, que tiene necesidades en constante aumento, no podemos dejar el desarrollo económico nacional expuesto al golpe de azarasas ocurrencias, sino que debemos tomar medidas previsoras para detenerlas o para contrarrestar sus efectos cuando sobrevengan. El nivel de empleo en la Zona del Canal, la posibilidad de disminución de la fuerza de trabajo, la cuantía y las perspectivas del ingreso proveniente de la Zona a nuestra economía, todo esto debe ser previsto y preparado conforme a un nuevo estatuto fundamental de relaciones, de acuerdo con las características del actual momento histórico.

Estas son algunas de las cuestiones claves que la propia trayectoria de los hechos nacionales e internacionales nos ha planteado y que hemos de disponernos a encarar los pueblos y gobiernos de Panamá y los Estados Unidos.

Conciudadanos:

Como panameño, como mandatario del pueblo, debo congratularme con los más altos dirigentes nacionales y en particular con el elemento juvenil de mi país, por el celo patriótico con que han respondido frente a los últimos acontecimientos y por el empeño que están demostrando en imprimir a sus acciones el sello de una gran unidad nacional. Me siento conmovido en lo íntimo ante la decisión con que las nuevas generaciones dicen presente, junto a la nación entera, en esta hora crucial de nuestro destino colectivo. Pero afirmo que no es el momento para los actos extremos, que sólo se comprenden cuando los pueblos encuentran cerradas todas las vías hacia la solución de sus problemas y la desesperación hace presa de ellos. Esto puede ocurrir únicamente en aquellos casos en que las conciencias flaquean o se postran

por la venalidad o la división. En nuestra situación, estimo que no se justifica nada que sea susceptible de derramar sangre y causar daños a las personas y a las propiedades porque nuestra causa no tiene por objeto la destrucción y el exterminio, sino la obtención de condiciones justas que faciliten un progreso sostenido en el mejoramiento de los niveles nacionales de vida. Sostengo, que contribuye mejor la juventud a la realización de nuestros intereses manteniendo y reforzando la acción cívica, ordenada y responsable, que dejándose empujar por los ardores del corazón y el impulso de las emociones, a hechos que sólo pueden rendir un saldo de dolor y lágrimas en los hogares panameños.

En la hora por que atravesamos, tan semejante a la del advenimiento de la vida republicana, el pensamiento de todos nosotros debe colocarse a la altura de las circunstancias, y los efluvios del corazón deben unirnos e identificarnos. Mi palabra final ha de ser, pues, junto con una invitación a ello, un llamado al buen sentido y la cordura del pueblo y una ratificación de la fe que me alienta en cuanto al futuro de la causa nacional. Que no nos falte la entereza moral suficiente para rehuir las solicitudes de sentimientos que por ajenos a lo auténticamente grande no harán más que comprometer y estropear esa causa.

— Teoría y Práctica de la Democracia —.

LA MUJER Y LA POLITICA

Por OTILIA AROSEMENA DE TEJEIRA

CUALQUIERA que sea la opinión que cada persona tenga sobre la condición de la mujer y si ella requiere ser mejorada o no, es necesario meditar sobre la actuación femenina en la política. En el mundo entero la mujer ya vota. A muchas se les abren oportunidades de trabajar en el sector gubernamental y de destacarse en los afanes políticos. Ya se ha comprobado que la mujer, al entrar en la vida pública, no va a cambiar automáticamente el clima moral ni la eficiencia de los servicios públicos. Esto es así porque quienes han entrado en este campo lo han hecho en un mundo creado por los varones. A menos que una mujer esté consciente de su propio sistema de valores será una política igual a todos los demás. Ni siquiera contribuirá al enaltecimiento de su sexo buscando nuevas oportunidades para las demás. Apenas si será un ejemplo que se pueda esgrimir para probar que la posición de la mujer ha mejorado aunque no alcance poder de decisión verdadero.

Hasta ahora las mujeres han votado como lo hacen sus padres y esposos. Muchas han heredado el poder de ellos como lo han hecho Indira Gandhi y algunas representantes de los Estados Unidos que sustituyen a sus esposos una vez fallecidos. Otras

han actuado porque sus esposos deseaban el poder que ellas alcanzaban en los puestos que ellos gestionaban para ella. Pero, en general, trabajan en los comités de los partidos a que pertenecen, organizan los banquetes y comidas en pueblos, hacen mucho en las campañas y, a la hora del triunfo, se les reconoce en discursos que han aportado la mitad o los dos tercios de los votos y no se nombra una sola como Ministra.

Si las jóvenes tienden a estudiar humanidades que las capaciten como profesoras y artistas podrían fácilmente estudiar ciencias sociales como el derecho, la sociología, la economía, la política, la psicología social, que les explicarían el mundo moderno. Aunque debemos hacer esfuerzos para que más jóvenes entren a las carreras técnicas y científicas, probablemente entrarán las mujeres en mayor número en las ciencias sociales. El interés muy femenino en el bienestar humano las impulsará en ese sentido. Y la falta de presión para hacer dinero, que empuja a los varones al éxito económico, les permitirá estudiar la dinámica de las instituciones sociales para saber a dónde va la sociedad. La actuación de este nuevo tipo de ciudadanas sería entonces más inteligente que la del ciudadano corriente actual. Los servicios estatales y su planificación mejorarían con el nivel de capacitación política que aportarían las ciudadanas si se extiende una nueva comprensión de la política en ejercicio.

La mujer que desee mejorar la condición de los millones de mujeres hoy marginadas tiene que reconocer que sólo obteniendo poder político se puede lograr este objetivo. Mientras los ministerios y los escaños de diputados y senadores no alberguen un porcentaje apreciable de mujeres con personalidad propia y criterio esclarecido, no se logrará que votantes de ambos sexos tomen en serio el voto femenino y las candidatas mujeres. Hoy las mujeres hacen campaña por candidatos varones y por las pocas mujeres que los políticos varones escogen. No existe una mentalidad colectiva de apreciar el valor intrínseco de líderes femeninas y votar por aquellas cuyas ideas prometan superación de la vida nacional o comunal. Cuando se exalta a una mujer es

generalmente por un nombramiento común y corriente para varones y que en el caso de ella es algo inusitado.

Para que funcione, una democracia requiere selección de los individuos. Porque políticos sin méritos auténticos son escogidos en el engranaje de los partidos es que se resienten de ineficiencia los servicios estatales. Si las mujeres tenemos tiempo e inteligencia para capacitarnos, deberíamos aprovechar estas posibilidades y estudiar la política general y los aspectos de ella que podrían ser campo propicio para que cada una se especialice. En esta forma nuestra contribución como ciudadanas y profesionales conllevaría un verdadero mejoramiento del país.

Los políticos corrientes aprenden a decir lo que entusiasma a las masas, utilizando los prejuicios y conceptos de la multitud. Como base para un gobierno, es necesario que conozcan las leyes económicas, la dinámica de las instituciones, los derechos humanos en términos reales que resuelvan conflictos sociales, la diplomacia, es decir, todos y cada uno de los aspectos de la vida pública. Y que ilustren a las masas acerca de los elementos de los planes de gobierno. Además de que las escuelas de todos los niveles deben formar a los ciudadanos en la comprensión de las instituciones y procesos socio-económicos y políticos.

Una mujer ingeniera, por ejemplo, no debe contentarse con ser una buena ingeniera y ganar dinero. Ella debe ser una líder por el impacto de sus ideas sobre el papel de la ingeniería en el país, así como trabajar por la incorporación de la mujer en el desarrollo. Y lo mismo debe decirse de las doctoras en medicina, de las economistas, de las educadoras, las biólogas, etc. Porque nosotras, que apenas nos asomamos a la vida pública, podemos librarnos aun de los valores que empujan a los varones al éxito monetario y de poder que les impide ver los valores humanos del bienestar de todos.

Analícemos algunas actividades a que se dedican las mujeres actualmente y veamos sus posibilidades para capacitarlas en el ejercicio de la política que propongo. Un grupo creciente de mujeres se integra a asociaciones formadas exclusivamente por elemen-

to femenino. A diferencia de las asociaciones de profesionales en ejercicio como las de médicos, ingenieros, arquitectos, sociólogos, dirigentes de negocios, las asociaciones de mujeres carecen de interés en algo técnico y constructivo. O se ocupan de obras de beneficencia o en cada reunión mensual invitan a un orador que les hable de un tema interesante del cual ellas se olvidarán al día siguiente.

Actividades como presentar una canastilla al primer niño que nazca en un hospital público el día de Santo Tomás, recoger ropa usada para distribuirla, hacer una feria o una representación teatral para recoger dinero y obsequiar receptores de radio a unos cuantos ciegos, contribuir a los fondos de la Cruz Roja, etc., no van a resolver problemas sociales. Y cada agrupación femenina se limita a su pequeña caridad, sin formar en sus miembros conciencia ciudadana y sin estrechar lazos con las otras asociaciones femeninas para llegar a crear una fuerza viva que se haga sentir en la nación. Los dirigentes de negocios se reúnen para mejorar su propia condición; las mujeres no se reúnen para mejorar su propia condición.

Las mujeres compran lo que necesita la familia entera, pero en sus asociaciones no aprenden ni cómo se elaboran los productos que adquieren, ni cómo los hace llegar el comercio al consumidor, ni cómo protegerse del fraude o del peligro de los productos farmacéuticos, ni cómo la industria contamina el ambiente, ni cómo viven los pequeños agricultores, ni cómo se ganan la vida las mujeres que trabajan en fábricas, ni otros tantos aspectos fundamentales de la vida económica moderna.

Si las mujeres líderes de las asociaciones femeninas se unieran para realizar campañas de envergadura e impacto, mucho podrían hacer de verdadero valor social. Y sólo así éstas agrupaciones serían escuelas de ciudadanía inteligente. La formación de grandes asociaciones nacionales, que cooperasen entre sí, representaría un verdadero poder. Hoy las miembros de asociaciones femeninas se engañan a sí mismas creyendo que al publicarse en el periódico fotografías de reuniones, el retrato de la presidenta de

una pequeña asociación, el informe de actividades esporádicas, culturales y de beneficencia, se ha logrado algún éxito intrínseco.

¿Cuándo se percatarán las mujeres de la importancia de trascender los límites nacionales? ¿Cuándo aceptarán el reto de trabajar con varones y mujeres de otros países y continentes en plan de actuación constructiva? Porque en el campo internacional también se puede cultivar la mediocridad. Las asociaciones internacionales que buscan formar capítulo en el mayor número posible de países, guñadas por el factor de la distribución geográfica, costean los viajes a asambleas generales a aquellas mujeres con quienes establecieron contacto en un país, y hasta las pueden nombrar vicepresidentas o delegarles la responsabilidad de extender el movimiento dentro de su país de origen. Pero para ser verdadera líder a nivel internacional se necesita pasión por el campo escogido, dedicación a él, dominio de siquiera otro idioma además del materno, pensar creativamente, manejar los medios de comunicación, viajar, etc.

Tradicionalmente no se ha exigido a la mujer un mayor esfuerzo por superarse. Es frecuente observar casos de mujeres que creen que siendo presidenta por un año de una asociación de beneficencia, sin más esfuerzo que organizar y presidir el almuerzo mensual y cumplir las limitadas metas que se han propuesto, han logrado un éxito rotundo y manifiesto. Cualquier varón que es gerente de una empresa que emplea cien empleados tiene mucho más poder que una presidenta de una asociación femenina. El mundo fuera del hogar es tan ajeno y lejano para la mayoría de las mujeres que ni se dan cuenta de que existe, pues el

tipo de oficina. En casi treinta años de existencia sólo dos mujeres presidieron la Asamblea General de las Naciones Unidas; una africana y una asiática. Solamente una mujer, una chilena, ha llegado a subdirectora de un organismo internacional, la OIT. Y, por ser de interés para las latinoamericanas, recordemos que las tres mujeres que han llegado a ser primeras ministros han sido asiáticas. Afortunadamente, la primera presidente de una república fue una argentina.

Bien sé que se me puede objetar que estoy describiendo mujeres que no existen ya que las mujeres nunca se han propuesto ser otra cosa que mujer de un esposo. Y bien sé que es muy humano que mujeres, hoy adultas, dedicadas la vida entera a cumplir su misión como esposas y madres han de resentir que se les diga, cuando ya no hay remedio, que la mujer debe prepararse para ser un ente autónomo y no un ser secundario.

Analicemos esta psicología apelando al amor de madre que toda mujer siente. Vivimos en una época de rápidos y violentos cambios. La mayoría de las mujeres que nacieron a finales del siglo pasado en muchos de nuestros países, y aun hoy, muchísimas del agro de todo el tercer mundo, no asistieron ni a una escuela primaria. Hoy, sus hijas y nietas van a la escuela secundaria y muchas a la universidad. Sus abuelas y madres las estimulan a que se eduquen pues ya los tiempos han cambiado. ¿Por qué no han de aceptar estas mujeres adultas que las jóvenes se eduquen, sean profesionales, participen en la política con actuación propia de una mujer moderna, sin sentirse menoscadas ellas mismas?

La mujer ya madura vivió su vida de acuerdo con las creencias imperantes en su niñez y juventud; las niñas y jóvenes de ahora deben vivir de acuerdo con las condiciones hoy establecidas. Y sus madres han de estimularlas a hacerlo con la preparación necesaria o fallarán en la tarea que ellas mismas consideran sacrosanta, la de labrar el bienestar de sus hijos.

Una empleada doméstica o una campesina analfabeta son seres humanos marginados, pero por su dignidad humana merecen

nuestro respeto y nuestra ayuda. El valor humano de una madre abnegada, hoy de edad avanzada, es tan incontestable como el de una gran escritora, pero es absolutamente necesario que las jóvenes de hoy se guíen por valores contemporáneos, y sus madres no pueden ni deben sentirse disminuidas porque en los últimos cincuenta años la vida ha cambiado. Rechazar los nuevos valores equivaldría a negarse a usar el avión, el automóvil y la refrigeradora porque son nuevos, y a no teñirse el cabello ni hacerse una permanente ni usar cremas para la cara porque antaño no se hacía.

La liberación femenina y el acceso de la mujer a la educación y a la vida política y del trabajo es asunto de cambios de actitudes. Una vez comprendidos los nuevos papeles que corresponde desempeñar a la mujer moderna, los ajustes y la vida misma, serán determinados por los conceptos y las condiciones de hoy y de mañana.

La política es la actuación del ciudadano, el resultado de esa actuación en conjunto y la teoría de gobierno que se suscriba. El mundo está saturado de violencia, sufrimiento y explotación. La solución de los ingentes problemas de la humanidad requiere actuación esclarecida. Todos los ciudadanos, de ambos sexos, deben alcanzar un nivel cívico óptimo, por el bien de la humanidad, de las regiones, de las familias y de los individuos. Pero es el caso que a la mujer se la quiere todavía limitar, circunscribir al hogar. Y aún a las jóvenes de hoy se las ha socializado de acuerdo con una imagen pasiva y negativa. Estas creencias sobre el papel de la mujer están interiorizadas en varones y mujeres con una devastadora "colonización" de la mitad de la humanidad. Nunca habrá suficientes voces de alerta y estímulo para contrarrestar la influencia de los viejos cánones. Toda mujer individualmente, y todo grupo de mujeres, colectivamente, requiere estímulo para hacer un esfuerzo conmensurado con sus obligaciones en el mundo moderno.

Hemos de partir del momento que vivimos. La mitad de las mujeres son esposas, madres y amas de casa. Una debe hacerse

mujer interesante e ilustrada para ser verdadera compañera de su esposo. Como madre debe guiar a sus hijos de uno y otro sexo hacia una vida humana, satisfaciente. Como ama de casa ha de ser una consumidora inteligente. Para desempeñarse en estos tres aspectos tradicionales la mayoría de las mujeres han tenido frecuentemente que trabajar. Hoy, la educación y los derechos ciudadanos de que goza le permiten trabajar en todos los niveles incluyendo los altos. Este ascenso es irreversible. ¿Por qué no usar los medios a su alcance como las escuelas, las asociaciones a que pertenece, la actividad política y ciudadana, como caminos de superación?

Dentro de la educación se considera hoy primordial que el proceso formativo sea permanente. Los adultos tienen derecho a cursos que les permitan ganar más a base de una mayor eficiencia. Los medios de comunicación masiva como la televisión, la radio-difusión, las mesas redondas, etc. no deben ser consideradas sólo como medios de escuchar sino como oportunidades de participar. Es la actuación pública la que por siglos ha dado a los varones la tradición de desempeñarse de acuerdo con sus talentos; las mujeres han de actuar y aprender también. Esto no significa que las mujeres no están preparadas para la vida ciudadana. La mayoría de los varones tampoco lo están en el contexto de las ideas que expreso. Más bien mantengo que las mujeres, aún no comprometidas en el quehacer político corriente, podríamos iniciar un nuevo tipo de vida ciudadana.

Entrar a la política no es sinónimo de ser candidato a un puesto de elección. Incorporarse a la política significa participar en toda oportunidad de actuación colectiva sin temor, sin limitación previa, con capacitación. Nada cambiará en la estructura femenina si las mujeres actúan como seres humanos multifacéticos.

Se recomienda frecuentemente a las mujeres que participen en el gobierno local como una escuela de actuación política. El agua potable, la recolección de basura, los fogones altos, la cooperación de los padres de familia a la escuela, el eliminar

baches en las calles, se ofrecen como tareas valiosas y cercanas. Este nivel de actividad conviene y puede ser un peldaño para ascender a tareas provinciales, y nacionales. Pero ésta no es la mejor manera para que una mujer entre a la política. Formada en su estrecho círculo ella no adquiere, actuando en él, visiones más amplias de vida comunal. Además, los varones con quienes trabajaría no respetan su personalidad y si ella aporta ideas nuevas ellos se apoderan de los proyectos y ascienden en poder y prestigio. ¡Cuántas veces he hablado con grupos locales integrados por personas de ambos sexos en los cuales los varones se expresan con desenvoltura y las mujeres se quedan calladas en un rincón!

Paralelamente a estas líderes locales las técnicas y líderes nacionales han de influir en la formación de las primeras. Los cursos nacionales de formación de líderes deben incluir comunales y nacionales para que todas conozcan los distintos niveles de actuación y se estrechen vínculos entre todas.

Además, los conceptos realistas de las posibilidades de la mujer en la política, como en otros campos, son incipientes. Necesitamos crear una comprensión de nuestros roles a desempeñar. Las reuniones y cursos de líderes deben propiciar la actuación nacional, con teoría y práctica. Y toca a las dirigentes internacionales investigar a profundidad la problemática femenina y divulgar las ideas para que iluminen la actuación nacional y local.

Una mujer que se limita a actuar profesionalmente y atender su hogar se olvida que lo puede hacer porque incontables líderes se sacrificaron el siglo pasado y lo que va de este siglo y que muchas lo hacen hoy en todas partes. Las jóvenes, ocupadas en integrar sus vidas, creen que los privilegios relativos de que gozan son naturales y perennes como el aire que se respira. Cada una de nosotras es un eslabón en una cadena que llevará a la mujer al sitio de igualdad de oportunidades que le corresponde.

EMOCIONES DE VIAJE

Por FEDERICO TUÑÓN

1. El mareo

Al iniciarse este viaje a Portobelo el tacto del mar acaricia nuestro buque dejando la impresión de un amante frenético que intentara juegos atemorizantes. No hay nada de pavoroso en el breve escarceo de brisa y agua. Leves ráfagas riza el líquido a la salida del rompeolas. Llegan sucesivos saludos acuáticos. Embajadas marescentes dan la bienvenida y se deslizan bajo el casco produciendo en la epidermis de madera estremecimientos de emoción lindantes con el miedo. Nuestras compañeras de viaje no acostumbradas a tan desusada muestra de entusiasmo desaperciben el espectáculo ofrecido por elementos que, jugando, muestra su grandeza. Cómo debe ser de temible el mar cuando se irrita si hasta sus sonrisas de gigante bueno producen miedo pueril!

Juegos de ronda toman el barco como centro y las olas musitan sus canciones. Grandes y pequeñas se dan las manos, voces roncadas o finas se confunden en imperceptible modulación. Hacen guiños, rozan con dedos de agua, suben por la borda para

atisbar los tesoros femeninos, finalmente ordenan atención y dan breve reseña cinematográfica. Explican cómo la masa ígnea del planeta se fue solidificando. Tras numerosos intentos de insospechadas orografías, se mueven cual si estuvieran reproduciendo en frío el proceso de formación de montañas y cordilleras frustradas. Dejan ver absurdas colinas de agua que, no obstante su pequeña altura están coronadas de nieves de espuma; otras, más grandes, no acomodan en el paisaje integral y se borran ellas mismas para reaparecer después en formas rebajadas de valles cristalinos. Empujadas por nuevas ráfagas las olas reinician desordenado movimiento.

Admira la versatilidad que su afán informador adopta y desde el asiento incómodo, en el cine improvisado, presenciamos, sin percibir la violencia con que debieron ocurrir esas cosas en los tiempos primeros, que los elementos, al besarse, como no logran transmitirse la emoción definitiva, inventan nuevas expresiones; pero su esfuerzo por llevar hasta nosotros la noción del ímpetu amoroso obligaba a grandes esfuerzos por simpatizar con sus ansias interpretativas y he aquí que un deseo de adaptarnos hizo sentir en varios de los circunstantes, primero el vértigo y luego el mareo. Al finalizar el espectáculo ingresamos en la bahía magnífica, con aguas remansadas. Allí está Portobelo, siempre esperando viajeros. Se ha construido un anfiteatro de montañas decoradas de verde tropical. Como un mensaje de paz las aguas se acomodan en franjas yuxtapuestas de tonos verdes. Impresiona esa variedad cromática que hace pensar en un arco iris de mar. En el fondo las casitas, ahora inmóviles, se han reunido poniéndose el rojo bonete de sus techos para presenciar la llegada.

Las bahías —esta bahía— no están serenas y tranquilas por ser mares viejos y experimentados. No han adquirido tranquilidad y experiencia a fuerza de haber vivido mucho. Las bahías son los lugares donde el líquido elemento va a descansar, sitios de estacionamiento fugaz para aguas cansadas de agitarse en alta mar, de jugar y luchar con el viento, de sentir sobre ellas el amoroso requerimiento de la luna y el ardoroso ímpetu del

sol. En las bahías el mar, que había asustado al hombre cuando éste estaba en sus dominios, tiene un gracioso gesto de vencedor y, tendiendo su alfombra líquida; le dice excusándose: —Ya vez. Si no era nada. .! Portobelo! PORTOBELO!

2. Ave Verum

La travesía fue incidentada, sin llegar al accidente. En el fondo de las almas había ligero temor producido por la sorpresa. Pronto los cantantes dejaron la lira, olvidaron la endecha y el himno jocundo, los rostros se hicieron graves y las mentes pensaron en alguna oración. Portobelo tiene un santo milagroso y su iglesia, más envejecida que vieja. Sin convenir en la cita, espontáneamente, tras el refrigerio y el retocado que la coquetaría femenina sabía indispensable, coincidimos allí. También pudo mucho la influencia del cura párroco; sutil, ceremonioso y galante como un abate del Renacimiento: En la Iglesia genuflexiones y rezo. En discreto rincón el órgano mostraba sus dientes de marfil. Una mano delicada arrancó las primeras notas del Ave Verum. La fracción del grupo coral había ya encontrado un punto de contacto y, primero con más devoción que arte, para llegar inmediatamente al conjunto armonioso, dijeron las palabras escritas por algún fraile poeta que sí continuaba la gracia alada de la letra del Ave María. Las voces llegadas a nuestros oídos paganos tenían, no obstante, la enorme emoción del espectáculo piadoso y artístico.

Ave, Ave, Verum corpus
natum de María Virgini

Bajo el zinc anacrónico las palabras resonaban con la vibración de su latín litúrgico

Vere pasum, immolatum
in cruci pro homine

A nuestros ojos el Cristo dejó ver una palidez fugaz en su rostro nazareno. El ademán de fuerza bajo la cruz pesada tuvo aliviada laxitud. En su frente floreció, como en uno de sus muchos milagros, alguna de las esquinas, que estaban allí en frustrada yemación.

El Coro terminó la cantata
 Esto nobis praegustatum
 in mortis
 examine

El grupo discurrió curioso hacia lápidas, bautisterios y altares.

El órgano proseguía regocijado con su risa de marfil hasta cuando la mano abacial canceló su rictus sardónico.

3. Portobelo de Ricardo Miró

En la mañana de sol los grupos se formaron por afinidad. El recorrido iba llenando los espíritus de emocionada admiración. Las palabras del día anterior pronunciadas por profesores de historia y geografía, en un milagro de proliferación, ya estaban dando frutos estremecidos: puentes de piedra sobre el río, cuyas aguas habían visto tantas cosas; castillos destruidos, las bocas de los cañones mudos, sin palabras bélicas; anquilosados puentes levadizos, garitas y aspilleras sin arcabuces ni vigilantes; leyenda de Drake y Morgan pesando aún sobre el pueblo con el signo de su barbarie, habitantes de natural prestancia y ademán lleno de dignidad señorial como castellanos arruinados, iban calando poco a poco con ansias de concretarse en un gesto, en una frase.

En la puerta de entrada del castillo Santiago de la Gloria materializó la belleza. Con el rostro transfigurado, ante el coro absorto y emocionado, salieron las primeras palabras de la recitadora:

“Portobelo ilustre, léxico de piedra”!

La síntesis de Ricardo Miró, sobre el terreno hizo subir en oleadas la sangre galopante, en las gargantas se formó un nudo. Con las miradas en el suelo, para no denunciar sus profundas reacciones, los circunstantes sintieron la belleza del mensaje del poeta genial. El aire se hizo delgado y susurrante. La oración proseguía:

Pasaron los tiempos del real decoro,
la galantería, el fausto español,
cuando resbalaban las galeras de oro
como graves cisnes del País del Sol.

Un murciélago enceguecido por tanta luz de belleza voló huyendo del lugar. Del Castillo de San Felipe Todo— fierro llegaban ruidos de armaduras y de recuas asustadas, que se detenían a la vera de este momento de Portobelo— todo—historia.

En algunos ojos la emoción había fraguado el homenaje de una lágrima. De una estalactita, pendía una lágrima calcárea, y los muros dejaron caer sobre la mano de la recitadora el húmedo agradecimiento. Al terminar, la dama guardó la prenda en el bolso. Antes había recogido unas cuentas vegetales: lágrimas de María, y tenía planeado ensartarlas para adornar su garganta con un collar de recuerdos.

Colón, marzo de 1943.

A TRAVES DEL ISTMO EN FERROCARRIL

Ensueño

Yo iba rumbo a Colón meditando en el tren de pasajeros que corre por el Ferrocarril Transístmico, sobre la forma que daría a varios ensayos literarios que viven en mi imaginación con dramática intensidad, toda su existencia ideal, sin que hasta la fecha hubiesen encontrado el grupo de palabras que los enmarcarían.

En mi mente se iban presentando, con las modificaciones que producían sucesivos estados de ánimo, los moldes que iban a contener las diferentes escrituras posibles, y ora formaban alegatos; eran sencillos en otras ocasiones; cargados de metáforas en busca de exactitud plástica; o llenos de sonoridad verbal cuando el ánimo se había tornado musical.

Los contornos de algún articulejo casi se habían precisado en la enunciación mental. Las frases acudían, convocadas ahora por la inspiración, y se sucedían con maravilloso encadenamiento para ponerse a mi servicio, aguardando el momento de acomodarse en adecuadas expresiones.

Ya necesitaba pluma y papel para esposar los pensamientos y corporizar esa cosa tan sutil y volátil como es la frase imaginada; más yo no los tenía y ¿a quién pedir esos instrumentos de

trabajo en el tren de pasajeros, que se caracterizan por el aire de ausentes que asumen, afanados por disfrazar su indiferencia con periódicos y revistas, como ejercicio previo para sumirse en sueño que aquí es doblemente viajero? No quedaba más remedio que repetir mentalmente los párrafos, memorizarlos, para apresarlos más tarde en la maquinilla y sujetarlos definitivamente. Pero eran párrafos nuevos, numerosos y su escurridiza condición, me obligaba a perseguirlos, tornando la mirada hacia la ventanilla, el piso o el techo; correteando mentalmente tras las frases fugitivas.

En ocasiones, para cerciorarme de que la pesquisa obtenía frutos hablaba en voz alta, con gran alarma del compañero de asiento, que luego de interpelarme, temeroso, cambió de puesto. De allí en adelante mantuve acuciosa vigilancia, para evitar que las frases descubiertas en ese estado de sonambulismo que es el ensueño, llegasen a desaparecer cuando el tren se detuviese, devolviéndome a la realidad pedestre, en que la fantasía misma, dándose cuenta de la inercia corporal, cancelase la libertad de remontarse de que antes había gozado.

Hubo un momento en que constaté, con angustia, que por distracción mental, descuidé la custodia de mi rebaño literario, y el guardián de los pensamientos se había escapado, —él también— tras celajes, y por ir repitiendo las canciones de las ruedas, dejó perder varias frases que eran ya, casi botín de mi meditación.

Esforzábame por traerlas otra vez a la memoria, poniendo en blanco los ojos y bajando enseguida los párpados, como si con ese ejercicio se impidiese el escape de las que aún quedaban, por formar toda mi persona cerrado cofre físico. Las buscaba, entonces, minuciosamente por los meandros de mi cerebro, alzando cada circunvolución, para mirar si bajo de ellas, se habían ocultado las juguetonas y fugitivas figuras; pero al mismo tiempo que me dedicaba a la cetrería de pensamientos mi atención era solicitada por las nuevas palabras que deletreaban las ruedas, cuya música orquesté, golpeando en las maderas de la ventanilla.

Estaba derrotado!!

Dejé esa faena, esa meditación, y me dediqué a contemplar el paisaje.

Paisaje

Cerca de Gamboa hay un recodo de lago, pintoresco, pequeño y detallado cual cromo de calendario. Querría describirlo, pero al mismo tiempo anotar que en el Istmo se ofrecen accidentes geográficos comunes a otros países tropicales:

Hay costas de líneas suaves; orillas escarpadas; lagos de maravillosa serenidad; volcanes extinguidos; valles; cataratas frustradas; archipiélagos juguetones, islas con leyendas de nácar; arroyos que han inventado la música; Tuiras caudalosos, en cuyas márgenes una naturaleza exhuberante nos habla de indios tatuados y casi arborescentes; Chucunaques de nombre terrígeno; islas olorosas a pifia y flores, rodeadas de vidrios marinos; playas de blanca arena; cielos de límpido azul; nubes recamadas de luz, competentes para orlar la desnudez de las madonas del renacimiento; atardeceres encendidos como lienzos coloreados por locura de un pintor. En fin, motivos pictóricos que han merecido elogios de poetas y escritores.

Sedante ejercicio este de dialogar con la Naturaleza!

En la travesía al Istmo me he adueñado de un paisaje:

La humedad que a veces forma nebuloso cortinaje, no estaba presenta; en la mañana clara la vista hizo presa del magnífico espectáculo. La velocidad de la locomotora no perturbó el coloquio. Aunque los paisajes deben contemplarse morosamente, porque la admiración es duradera caricia visual, ocurre que en estos tiempos de urgencia el alma ha buscado, y encontrado, la necesaria adaptación para la nueva modalidad, y pude contemplar el artificio espectáculo con mi lente ultra-rápido.

Ante mi vista había un pedazo de lago, quieto como azogue azul. Pequeñas colinas distantes, y una isla de juguete casi plana, deslumbrante de hierba recién nacida, rodeada de la vegetación decorativa que se prodiga en los trópicos: árboles de mangos — copas grandes simétricas, debajo de las cuales se cobijan techados, como si el ala verde estuviese empollando viviendas,— plátanos

de largas y satinadas hojas saludadoras, almendros.

La isleta avanzaba en el agua —miniatura japonesa ofrecida en la bandeja.—

El viento hinchaba la vela de un barquichuelo, dándole la curva de una gravedad que pronto alumbraría en velocidad.

Estos elementos estaban ahora serenamente en el fondo de mi retina. Me dí cuenta de que en viajes anteriores, todos ellos estuvieron aquí integrando la majestuosa belleza del rincón lacustre; no obstante, por razones meteorológicas, no me habían halagado con su presencia; porque eran días de neblina y otros, cuando el exterior estaba esplendoroso, mi ánimo tenía lánguida opacidad; pero en este momento sí estaba preparado para recibir el cromático regalo con todos sus matices, debido a la increíble diafanidad interior y exterior del ambiente.

Estacionamiento

Cerca de la estación de Gamboa el tren refrenó su impulso. Pasó un puente de hierro. Detúvose.

Desperté de mi ensueño. No debía seguir fantaseando, porque habría sido sorprendida la intimidad del ensoñador en sus lucubraciones. ¿Cómo lucir imaginativo ante grupos que llegaban movilizándose?

Algunos pasajeros bajaron del tren y se aprestaron a partir. Hubo frases de despedida; arrastrar de maletas; damas empantalonadas ofrecían desde la altura de sus labios, maquillado saludo. Ahora se me ocurrieron algunas reflexiones sobre andenes de ferrocarril! La curiosidad general que produce la llegada y el alejamiento de los vagones, aún a personas que nada esperan en ellos; la intensa actividad del arribo y el silencio subsiguiente; los abrazos y las despedidas; las esperas frustradas; los recién llegados sin recepción, etc. . . . pero este no es un tratado sobre estaciones ferrocarrileras, sino emocionado escape a la vera del tren.

La locomotora prosiguió, pendiente arriba, resonando y resoplando. Ahora me podía dedicar nuevamente a la tarea, sin sentido aparente, de desarreglar ideas: el lago Gatún tenía

extraño aspecto. Árboles calcinados; troncos negros retorcidos, asoman sus muñones en toda la extensión lacustre a la vista. La necesidad técnica de la construcción del Canal ordenó la inundación del paraje. Este recuerdo de viaje no es placentero. Sin embargo más adelante el paisaje canalero es muy singular, muy siglo XX. Mezcla de belleza agreste y mecánica humana; de cielo y lago; árboles y hierros. Sobre el lago apacible *algunos signos* marineros orientan a los navíos. Aquí y allá, en las orillas del Canal hay postes con intermitentes luminosidades nocturnas, que hacen guiños a los buques, señalando el abrazo que deben evitar. Aparece un vapor, adornado de parlantes banderas que hablan en clave marinera. Cuando más entretenido estaba en admirar el paisaje, lleno de artificios del ingenio humano, salta, para confirmar el estado actual de guerra, la visión de un acorazado que se adivina estridente, *Comuflado* de tempestad marina.

Se siente el jadeo bélico del instante; por doquier abundan signos ominosos de inminentes bombardeos que predisponen a los hombres emocionados que ahora viajan en este ferrocarril para la cruel realidad de "paisaje arrasado".

Aquí está resumida la singularidad de una travesía al Istmo por el Ferrocarril de Panamá; sol, lagos, islas sugerentes; andenes; barcos estridentes; cayucos pueriles; cromatismo; rincones selváticos ofrecidos a la mirada contemplativa; ingeniería audaz, imponiéndose al castigado Istmo Tropical.

Hacia Gatún Cinematográfico

En las proximidades de las esclusas del lago Gatún, la vista que se ofrece al viajero de este ferrocarril *transístmico*, es impresionante, por el mensaje de previsión, de defensa militar antiaérea que nos transmite.

El convoy avanza veloz. Se descubren, en el fondo del paisaje los *globos cautivos* que aconseja la defensa del Canal de Panamá. Son balones inflados de gas, amarrados con cables como si hubiesen lanzado, para frenar su vagabundeo, el ancla unánime de las esclusas. No obstante la condición de voluntario cautiverio que les hemos asignado, es tan perceptible el esfuerzo que hacen

estos balones plateados, por librarse de ligaduras, que nos sobre-
coge el temor de que cuando nuestros coches llegasen al recodo
de Gatún, se hubiesen remontado, llevándose con ellos el ancla
de compuertas que ahora los sujeta.

Pronto cambia el espectáculo cinematográfico, porque usan-
do el recurso técnico de acercar el objetivo, en un recodo del
camino, muchos de los globos que hace poco se percibían distan-
tes y a gran altura, son ahora bajos y abordables. En estas condi-
ciones es irremediable que el ensoñador se considere personaje de
fantasía cinematográfica. Y es que la vecindad del lago, colinas
y circundante vegetación, le hace pensar en el fondo de un acua-
rio, en el cual serpentea el séquito ferrocarrilero sobre flora ma-
rina, y los globos serían peces plateados aproximándose a las
ventanillas de pasajeros; moviendo las argentadas aletas; dirigen-
do hacia los vagones sus cabezotas ausentes de miradas.

No me incomoda narrar tan pueril desdoblamiento, antes
bien, lo seguí viviendo con mente candorosa. Y como en la plani-
cie que bordea el tren en este lugar, yaciesen algunos, —insufi-
cientes de gas—, percibí el jadeo de los globos —ahora cetáceos
heridos— que derramaban sobre el césped, en el cual se habían
varado, su colgante adiposidad.

Era evidente que mi fantasía había volado, y por buscarla
me había perdido —yo también—, en los jardines donde ella ju-
gueteaba, posándose ávidamente sobre los cálices de emociones
silvestres.

Se aproximaba la estación final. Fueron regresando, con-
gregados por la conocida sensación de seguridad que da la tierra,
los pensamientos y los ensueños que durante el viaje se remon-
taron hacia el éter. Finalmente, Colón y la rutina golpeante de
facturas y mercaderías.

Ahora, miro desde mi ventana, tras unos barrotes de hierro
—confirmación de cárcel espiritual— un retazo de bahía azul,
sin tonalidades, y reviso solícito, las visaciones consulares y los
cálculos aritméticos de unas fianzas por derechos comerciales.

Colón, Diciembre de 1943.

NOTA:

He querido dejar constancia de esta experiencia, dado que durante el año de 1966, expiraría el plazo del Contrato del Ferrocarril de Panamá, para operar, luego de construir, una línea transístmica de carriles de hierro.

Si se descontinuase el servicio de trenes, que *ahora funciona desde Curundú a Cristóbal*, esta crónica de viaje a través del Istmo en ferrocarril, durante la *Segunda Guerra Mundial que aún duraba en 1943*, tendrá el valor de testimonio.

LOTERIA No. 129, Agosto de 1966.

LA PARADOJA DE NUESTRO TIEMPO

Por RAFAEL E. MOSCOTE

El mundo democrático de hoy, contempla anonadado la gran tragedia de nuestro tiempo: el aniquilamiento de la libertad. Pareciera paradójico que un orden de cosas que tan elocuentemente se expresa a través de documentos constitucionales, claros y precisos, esté fomentando el clima propicio para la eliminación de aquellos principios que nutren su esencia misma. Que no se arguya que las prácticas que se utilizan son medidas transitorias, tendientes a eliminar a los enemigos jurados del sistema democrático. Una nítida concepción democrática no puede traicionar sus basamentos ideológicos so pena de que se derrumbe el grandioso edificio moral que le sirve de sostén.

Es paradójico que el estado contemporáneo, de acentuado sentido democrático, traicionando de manera visible una tradición histórica, que se pierde en el cauce de los siglos, reprima el pensamiento libre, con procedimientos que son extraños a esa tradición histórica impregnada del eco lejano de luchas revolucionarias en defensa de esa misma libertad que se halla ahora en trance de desaparecer.

Bien se comprende la razón de ser de ese desequilibrio evidente entre la teoría revolucionaria, que nutre la esencia del estado democrático, y las prácticas repelentes del estado democrático en acción. La historia se encarga de explicar el fenómeno a que

aludimos. En los momentos de la humanidad en que los pueblos se sofocan en la hoguera de su propia desventura, surgen tendencias y modalidades que en nada coinciden con el lógico y rítmico crecimiento de los pueblos y de las instituciones.

El mundo republicano en Roma que languidecía, se entregó primero, en manos de Sila, para caer luego en la desesperación política de los dos triunviratos; la tragedia europea, la Guerra de los Treinta Años, durante el siglo XVII, echó de bruces a una Europa confundida aún por el eco de las violentas pugnas religiosas del siglo anterior; la Europa de la primera post-guerra cayó fácilmente en manos de dictadores irresponsables, incapaces de fortalecer el andamiaje de su propia reconstrucción política y social.

Es evidente, así, que el estado contemporáneo vive dentro de las peripecias de una época que no es propicia para el libre desenvolvimiento de la dignidad humana. Así, el comunismo, con su concepción del estado totalitario, que regimenta el pensamiento libre, sienta las bases de una sociedad que de hecho coloca al individuo como siervo del estado. De igual manera, el estado democrático, fundamentado en claros principios constitucionales, destruye la dignidad humana, empujado, a veces, por reservas mentales poderosas de sus gobernantes o por los conocidos imperativos de la economía y, en ocasiones, por la falta absoluta de una legítima filosofía social que ayude a la elevación espiritual de ese mismo mundo democrático.

La visible incapacidad de algunos estados democráticos de afianzar sus propias instituciones es evidente, porque no se han percatado aún de que el instrumento más poderoso de reconstrucción social que poseen, la educación, está fuera de ritmo y desorientada; porque no vive las angustias del momento y no quiere darse cuenta de las transformaciones socio-económicas que han de venir; más bien la educación está, en ocasiones, al servicio de intereses extraños al orden democrático de las cosas.

Nótese esta desorientación por parte del estado democrático al utilizar métodos de represión del pensamiento libre, a través de una prensa y una radio que no se atreven a hablar con

independencia de criterio; de una educación sin aliento y de una sociedad que desfallece. Desventurada democracia que, con bastante frecuencia, pone en manos de la ignorancia y de la soberbia la determinación de cuáles han de ser los cauces por donde ha de transitar el pensamiento libre como si éste pudiese en momento alguno estar al servicio de sistemas ajenos a la tradición democrática.

Ninguna institución puede pasar inadvertida la función que le corresponde para evitar que la sociedad democrática sucumba por falta de una orientación definida. En esta tarea le cabe una enorme responsabilidad a la Universidad. Responsabilidad que tiene que aceptar como uno de sus propósitos fundamentales. La función de la Universidad no es exclusivamente la de irradiar conocimiento por el conocimiento mismo, sino crear entusiasmos e inquietudes por los caminos del estudio y de la investigación. Que no se diga que esto equivale a traicionar la misión de la Universidad, ya que ésta no es otra cosa que el pulso y el nervio de la vida social.

Universidad sin pulso es cosa hueca, mera apariencia y organismo intrascendente. Es que no puede haber Universidad, en efecto, si el clima general que se respira es clima de miedo a enfrentarse a la lucha de las ideas. Si se les esconde a los estudiantes la realidad de los problemas nacionales e internacionales. Si se les deforma la historia para que ésta dé la impresión de manso desenvolvimiento, que sigue un determinado curso, y no como un drama agitado de pasiones constantes en el cual los hombres y los pueblos son los actores principales. Si sus profesores prefieren, en fin, callar por miedo a ser arrollados por la fuerza que de manera permanente conspira en contra de la libertad académica.

La Universidad debe ser, así, centro de estudio y de investigación de todos los problemas y de todos los quehaceres que conmueven la conciencia nacional e internacional. Problemas que no pueden ser elementos exóticos a su esencia misma ni lo fueron aún en la Edad Media: los temas de la política y de la vida social; la complejidad de los bancos y de los mercados, los

mecanismos y los resortes de la sociedad contemporánea. En fin, todo lo que resume el pulso de las sociedades.

Pensar de otra manera equivale a hacer de la Universidad centro cerrado a las corrientes del pensamiento y al dinamismo de la vida agitada de la sociedad contemporánea, a la cual no podemos sustraernos porque nos arrastra indefectiblemente con sus pasiones, con sus angustias y con sus momentos de satisfacción y de esperanzas.

De esta suerte, al profesor universitario le cabe una grave responsabilidad en la formación intelectual de los estudiantes de manera que éstos, en vez de ser representantes de las cavernas sean, por el contrario, portavoces de generosos entusiasmos que tiendan a erradicar de su medio social tanta ignorancia, tanta mala fe y, lo que es peor, tantas falsas concepciones acerca del mundo de ayer y el de hoy.

Hace casi dos siglos Thomas Jefferson, quien hizo de sus inquietudes una institución, en una famosa carta que remitía a los futuros catedráticos de la Universidad de Virginia de la cual fue él su fundador, les advertía que “esta investigación está basada en la libertad ilimitada de la mente humana. Aquí no tememos ir hacia la verdad, no importa hacia dónde ésta nos conduzca, ni toleraremos el error siempre y cuando que se deje en libertad a la razón para que la combata”.⁽¹⁾

El mismo Presidente de los Estados Unidos, Eisenhower, no ha mucho Presidente de la Universidad de Columbia, en New York, al aproximarse el bicentenario de la fundación de esta gran Casa de Estudios, señalaba que “existe un principio que toda Universidad libre tiene que defender sin desmayar. Este es el ideal de libertad completa de investigación académica, es decir, el derecho de la humanidad a conocer la libre utilización del conocimiento”.⁽²⁾

(1) Citado por Allan Barth, *The Loyalty of Free Men* (New York, 1951), p. 212.
(2) *Ibid.*, p. 212.

Puede comprenderse, así, cómo la educación universitaria, que no se identifica con las exigencias de los nuevos tiempos es proceso educativo pasivo, que reduce al estudiante a la categoría de elemento sin valor social alguno. Valor social que se adquiere cuando existe conciencia de la libertad.

El hombre libre es, sin duda alguna, aquél que se siente libre, y que tiene necesariamente que estar viviendo su tragedia. No puede sentar toldas dentro de una concepción totalitaria de la vida porque ella es contraria a su propia idea de humanidad. Pero siente en carne viva las lanzas del estado democrático, que no quiere andar hacia adelante, sino que prefiere mirar recelosamente a su alrededor, sin atreverse a efectuar una lógica reconstrucción de sus basamentos sin que ello signifique traicionar los idearios de una tradición histórica de raigambre democrática.

¿Y cuál es, en fin, el camino que debe seguirse, en esta hora de enconados conflictos ideológicos y del choque violento de pasiones exacerbadas? Es la violencia, como aspiración y como sistema, el vehículo que ha de trasladarnos a los plácidos caminos de lo que ha dado en llamarse un nuevo humanismo? Hacemos nuestra la posición que asume José Luis Aranguren, frente al problema de la violencia, cuando afirma que "el humanismo verdaderamente nuevo y verdaderamente humanitario será, pues, aquel que, por primera vez en la historia, luche sin apelar a la violencia, contra todas las violencias: contra las violencias establecidas y contra las violencias que quieran establecerse".⁽³⁾

Mientras que este desideratum alcance pleno desarrollo, el hombre libre no puede entregar mansamente el derecho de estudiar, con sentido crítico, los problemas de carácter político, económico, social y religioso que han constituido la vida agitada de la humanidad. El hombre libre sigue creyendo en el valor de la libertad humana como castillo roquero que protege su propia elevación espiritual. Sigue repudiando la mansedumbre y la

(3) Prólogo de José Luis Aranguren en Barth, Maydieu, Jaspers, *Hacia un Nuevo Humanismo* (Madrid-Bogotá, 1957), p. 24.

inercia de aquellos en cuyas manos está el destino de las juventudes democráticas.

Es por ello tarea de la educación de sentido democrático ayudar a la formación de lo que una distinguida antropóloga contemporánea denomina una generosa obra de ingeniería social enraizada en fundamentos históricos y sociológicos. Tarea que ha de emprenderse con el entusiasmo y la devoción del convencido que tiene una causa que defender, con ese entusiasmo a que se refiere Royce, el filósofo de la fidelidad.

El hombre libre, en todos los confines de la tierra, vive su tragedia, asediado por todos lados, pero confía en la capacidad de las juventudes, que comprenden el ideario democrático, de crear un poderoso haz de voluntades contra el cual han de estrellarse los embates de una sociedad en crisis que tiene que seguir adelante, siempre hacia adelante, sin traicionar el espíritu libertario sobre el cual debe descansar el futuro de la humanidad.

TU ¿QUIEN ERES?

Por MIGUEL AMADO BURGOS

El hombre culto se rebela ante la negación como ante la afirmación absolutas, porque su entendimiento, avezado a las disciplinas intelectuales, suele pensar, medir y resolver, después de plantear, los problemas. El esfuerzo por aferrar la verdad o la realidad, la marcha tras una ficción, lo obliga a escrudrifiar cuantos factores su imaginación le sugiere que pueden afectarla. Esta actitud mental se traduce en un hábito de análisis y de síntesis, que lo vuelven cauto y tolerante.

Aún cuando los romanos amonestaban a sus nietos precoces —*primum vivere, deinde philosophari*—; aún cuando el Eclesiastés anuncia que la sabiduría es buena con herencia, los hombres siguen planteándose, en todas las edades y en todas las gradaciones de su fortuna económica, problemas filosóficos. Cabe preguntarse: ¿por qué? No es necesario que escriba tratados de metafísica o ensayos de lógica. A medida que el hombre estudia las obras y profundiza en el conocimiento de sí, percibe más viva y dolorosamente su individualidad. Vacila por tanto entre la aspiración a un concepto integral —que comprenda todos los aspectos— de los problemas que suscitan su interés, y la subjetividad de tales investigaciones. La necesidad de abarcarlo todo —la aspiración al cosmos— choca con la necesidad no menos imperiosa de conocerse— el dominio del microcosmos. En lo primero impera

la razón pura; en lo segundo la razón empírica con el proceso de intuición.

Este conflicto, que ha dado a menudo origen a sistemas conciliatorios en filosofía, es, pues, inevitable. Por tanto, si vamos a estudiar las enseñanzas de los maestros del pensamiento, hemos de aceptarlas con las restricciones inherentes.

Una mente disciplinada no puede descartar, a priori, la posibilidad de que factores objetivos influyan en ella. Si la razón ha sido examinada y juzgada por Kant, quien ha establecido sus usos y sus límites; si Bergson nos ha expuesto la importancia de la intuición y ha revelado el aspecto del tiempo; si Nietzsche recalca la voluntad de superación para identificarla con el noumenon de Schopenhauer — ¿qué hemos de hacer con las fuerzas económicas subrayadas por Marx, producto, en un sentido distinto de Marinetti, de la revolución industrial? Si el determinismo no resuelve los puntos que cree resolver, — ¿logra resolverlos acaso la evolución creadora? En la lucha que imaginamos como entablada por el espíritu contra la materia ¿puede haber razón de una parte? Cuando nos valemos de medios tan sujetos al aspecto geométrico del intelecto, como son las palabras ¿podemos fiarnos de nuestras conclusiones? Si a la verdad y a la realidad debe preferirse la belleza, porque siendo posesión, es en sí realidad aunque subjetiva, como opina Croce ¿es menos cierto que el sexo resulta característica fundamental del organismo vivo, como enseñó Weininger? ¿Y quién puede, aún partiendo de un criterio rigurosamente materialista, descartar la existencia de Dios como principio?

Tomar, pues, posiciones, extremas en estos problemas, que afectan a todos los hombres; proponer un sistema filosófico, que viene a ser en el fondo lo mismo, sirve a menudo porque pone de relieve aspectos descuidados, pero no denota sino una concepción unilateral y por lo tanto incompleta, no obstante su aporte valioso. Llegar a la conclusión socorrida, después de fatigoso estudio, que somos menos felices que los ignorantes, porque a pesar de nuestros esfuerzos nada sabemos, mientras los ignorantes saben lo mismo por virtud natural y sin esfuerzos, es no sólo pue-

nil sino erróneo. Reconocer las restricciones del entendimiento, apreciar la necesidad de la tolerancia y eludir los excesos, son conquistas que han de contribuir al perfeccionamiento del hombre. Podría deducirse que estas virtudes conducen a la inactividad, al hinduismo y a la animalidad con su descanso en el instinto; pero si la mente no es animalesca; si en verdad existe algo más que los despojos carnales en nosotros, pronto un sentido de equilibrio, precedido tal vez por períodos de desesperación y sacudido a veces por crisis de abatimiento, se establecerá entre wuwei y actividad. Se llega así al estado de serenidad que en Grecia identificó las excelencias de la mente con las excelencias del cuerpo, cuando el culto a la hermosura era a un mismo tiempo espiritual y físico.

Hay, en la vida del hombre superior, un instante inolvidable, cuando, por una revelación fulmínea, advierte su individualidad como algo exclusivamente suyo, distinto y separado de todo lo demás. La certidumbre de su existencia más allá del cuerpo no lo abandona después; pero lo deserta por momentos y lo tortura, lo abate y lo reanima, lo induce a interesarse en múltiples cuestiones que para el comerciante carecen de valor. Si esta angustia siempre renovada queremos llamarla filosofía, será necesario aceptarla como inevitable. No nos pertubemos, pues, cuando las personas dejan de comprender que perdemos un tiempo precioso —es su expresión benévola— en tales distracciones.

Filosofía no es, como muchos imaginan, el análisis frío del pensamiento. De tal función es precisamente de lo que más se aparta. No entraña tampoco, como afirman otros, una inútil investigación de problemas insolubles. El ser en cuya frente fulgure un destello de humanidad, siente en el transcurso de su vida mortal el anhelo de conocer su destino. Cada cual ha querido justipreciar los acontecimientos, establecer una escala de valores, descifrar el enigma de los signos que nos rodean, para lo cual a menudo no bastan las ciencias. Todos presentimos que en la existencia hay mucho que la ciencia no explica. No se llama filósofo, por tanto, quien conjura argumentos más o menos sutiles o el que funda una escuela y expone una doctrina. Filó-

sofo es el que busca la sabiduría; pero sólo llega a ser sabio el que la adquiere, pues al asignar a los valores un alcance relativo, llevará una vida útil y tranquila, consciente de que las comodidades y las cosas secundarias a su turno llegarán; y aún si no llegan, su falta no le hará daño.

En un sentido estrecho, se adscribe a la filosofía la tarea de coordinar las experiencias del hombre. Esta definición tiene por lo menos el mérito de establecer que no es análisis sino síntesis. Pero no faltará quien afirme que tal actividad es tan inútil como el ajedrez y tan obscura como la ignorancia. Cicerón asegura que nada es tan absurdo como el contenido de los libros filosóficos. Voltaire sostiene que ningún epistemólogo, desde Platón hasta sus tiempos, ha modificado las costumbres de la calle en que vivía. Mi padre dice que nada hay tan raro como el sentido común; y los hombres reconocemos que los filósofos en general han cometido toda suerte de disparates. Por último los pantanos de la metafísica y de la teología han dado buena cuenta de los pensadores más famosos. Al igual de las ciencias llamadas positivas; al igual de la jurisprudencia de la medicina y de las artes, la filosofía, en este sentido estrecho, también tiene su jerga. Estas circunstancias, sumadas a su incapacidad de fructificar en ramilletes de oro, han relegado su estudio al nivel de los lujos, que sólo pueden darse los muy ricos o los muy pobres.

Yo prefiero remontarme sobre los libros y los textos para retener de la filosofía la concepción que discutimos antes. A despecho de los adelantos materiales y de los progresos científicos ¿qué impera entre los pueblos? No basta el análisis que descubre la falta de aquellos vínculos que pueden reunir los conocimientos adquiridos con la doctrina que logra interpretarlos y guiarlos. Es necesario crear estos vínculos. Pienso que en tal síntesis reside la más elevada misión de la filosofía, aún de la filosofía académica, la cual sigue cinco vías para llevarla a cabo. Con la lógica abarca los métodos de pensamiento y de investigación; sin su refinamiento, el progreso de las ciencias no puede concebirse. La estética estudia la belleza y los goces que de ella derivan. La ética estudia el comportamiento ideal, la noción de lo bueno y

de lo malo, que es, según Sócrates, el conocimiento supremo. La política estriba en el estudio de la organización civil y en el manejo de los hombres, para lo cual aprovecha las enseñanzas de las otras —no, como me parecía— en asegurarme el nombramiento de cónsul en Sumatra. La metafísica se concreta al último estudio de la realidad.

Los hombres que han dedicado sus esfuerzos a completar este proceso, sondeando sus lagunas, sorteando sus escollos, explorando sus cavernas, consolidando sus adelantos sin vislumbrar la meta, no tienen, por desdicha, carne diversa de sus prójimos los hombres de ciencia, quienes a través de los siglos, han creído y profesado todas las ineptitudes, virtud que los distingue aún; ni de los literatos y escritores, que han ensalzado ruindades y combatido grandezas. Los unos y los otros son susceptibles de error: sus vidas y sus obras lo acreditan. Tomemos pues una posición juiciosa. Escuchemos atentamente lo que tienen que decir los filósofos, no con el fin de aceptar todo, sino para discernir lo justo y reconocer lo bueno —“Sé pues razonable”— dijo Sócrates a Critón— “y no averigües si los maestros de la filosofía son buenos o son malos, sino la filosofía misma. Procura examinarla bien y en todo; y si es dañina, trata de alejar a los hombres de su estudio; pero si es lo que yo creo que es, entonces síguela y sírvela, y ve tranquilo”.

—Precursores y Rebeldes —.

